

TOMO 1



EDITORES
Federico Martocci
Selva Olmos
Rocío Guadalupe Sánchez

*Te contemplamos
desde las sendas
del recuerdo...*

GENERAL ACHA, MÁS DE 130 AÑOS DE HISTORIA



Martocci, Federico

Te contemplamos desde las sendas del recuerdo? General Acha, más de 130 años de historia / Federico Martocci; Selva Olmos; Rocío Sánchez; compilado por Federico Martocci; Selva Olmos; Rocío Sánchez - 1a ed. - Santa Rosa: Universidad Nacional de La Pampa, 2018.
890 p. ; 18 x 25 cm. - (Historia de los Pueblos / Rodríguez, Ana María Teresa; 8)

ISBN 978-950-863-339-2

1. Análisis Histórico. I. Martocci, Federico, comp. II. Olmos, Selva, comp. III. Sánchez, Rocío, comp.
IV. Título.
CDD 907.2

Te contemplamos desde las sendas del recuerdo...

GENERAL ACHA, MÁS DE 130 AÑOS DE HISTORIA.
TOMO 1

Federico Martocci, Selva Olmos y Rocío Guadalupe
Sánchez (Editores)

Julio de 2018, Santa Rosa, La Pampa

Impreso en Argentina

ISBN 978-950-863-339-2

© Cumplido con lo que marca la ley 11.723

La reproducción total o parcial de esta publicación,
no autorizada por los editores, viola los derechos
reservados. Cualquier utilización debe ser
previamente autorizada.

EdUNLPam - Biblioteca del Congreso Argentina -
Año 2018

Cnel. Gil 353 PB - CP L6300DUG

SANTA ROSA - La Pampa - Argentina



UNLPam

Rector: Oscar Daniel Alpa

Vicerrectora: Nilda Verónica Moreno

EdUNLPam

Presidente: María Claudia Trotta

Director: Rodolfo Rodríguez

Consejo Editor:

Daniel Buschiazzi

María Marcela Domínguez

Victoria Aguirre

Ana María T. Rodríguez / Stella Shmite

Celia Rabotnikof / Santiago Ferro Moreno

Lucía Colombato / Rodrigo Torroba

Paula Laguarda / María Silvia Di Liscia

Graciela Visconti / Alberto Pilati

Mónica Boeris / Ricardo Tosso

Griselda Cistac / Patricia Lázaro

ÍNDICE

TOMO I

Prólogo: Las <i>historias</i> construidas en plural: voces y representaciones de General Acha.	5
Sección I: Sociedades indígenas y proceso fundacional	7
Caldén. Óleo 0.50x0.60m. Andrés Arcuri	
Himno a General Acha. Andrés Nevares	
Cap 1: Pueblos originarios: del despojo a la reorganización. Claudia Salomón Tarquini, José Carlos Depetris, Micaela Del Río	9
Cap 2: Tres miradas sobre el proceso fundacional de General Acha (Adaptación de textos de Julio Solimano)	22
Cap 3: La cuestión de la capital: procesos y cronología. Andrea Lluch	35
Cap.4: El levantamiento por la capital. Julio Solimano	51
Sección II: Espacio y población	57
Suburbio. Andrés Arcuri	
Tardecitas de planicie. Anita Gentile	
Cap. 5: El agua del Valle Argentino, un recurso natural invaluable. Raúl Hernández	59
Cap. 6: Ubicación, condiciones geográficas y la estructura urbana en los primeros años (1882-1950). Beatriz Dillon y Rosa Claudia Leher	79
Cap. 7: El crecimiento y la expansión urbana después de la provincialización. Beatriz Dillon y Rosa Claudia Leher	95
Cap. 8: El proceso inmigratorio a nivel local. José Francisco Minetto	110
Cap. 9: “Refugios de la etnicidad” en General Acha: la Sociedad Española y la Sociedad Italiana “Unione e Benevolenza”. Mariana Anechinni	116
Cap. 10: La población de General Acha en perspectiva: procesos territoriales y dinámica socio-demográfica. María Eugenia Comerci	149

Cap. 11: Dime qué recuerdas y te diré lo que conservas. La situación del patrimonio cultural local.	
Silvina Garbarino	162
La Casona de la Plaza	183
Cap. 12: Los barrios como lugar de pertenencia. Silvina Kauffmann y Luciana Deluca	186
Sección III: La economía: actividades productivas, industria y comercio	195
Remate feria. Óleo 0.60x0.80m. Andrés Arcuri	
Todavía. Aníbal José Sala	
Cap. 13: Tierra de ganados y caldenes. Apuntes sobre la evolución de la estructura agraria y productiva del Departamento Utracán. Selva Olmos	197
Cap. 14: La explotación agrícola del Valle Argentino: un vergel entre los médanos. Federico Martocci	237
Cap. 15: El INTA. Experimentación y extensión agropecuaria en La Pampa: ¿una historia de larga data? Federico Martocci	250
Cap. 16: Haciendo leña del tiempo cumplido. La explotación forestal y el desarrollo comercial en torno a la actividad maderera, desde las últimas décadas del siglo XIX hasta la actualidad. Silvina Garbarino	256
Cap. 17: Semblanza de la actividad comercial e industrial de General Acha. Andrea Lluch	266
Cap. 18: De los corrales de abasto al Matadero Municipal. Memorias de carniceros y carnicerías de ayer. Selva Olmos	304
Cap. 19: Las comunicaciones: caminos, correos y transportes. Selva Olmos	328
Entrevista a José María Marticorena "Checho". Los Marticorena de Acha, una estirpe de "vascos lecheros". Realizada y editada por Selva Olmos	349
Entrevista a Raquel Pérez. Realizada y editada por Selva Olmos	355
Anexo: Fotos del Valle Argentino	360
Sección IV: Vida política	363
Cañadón con luna llena. Óleo 0.60x0.80m. Andrés Arcuri	
Zamba de mí pueblo. Anita C. Gentile	
Cap. 20: El gobierno municipal: de concejales a comisionados (1888-1905). Mirta Zink y Romina Rodríguez	365

Cap. 21: La ardua tarea de edificar un poblado (1888-1905). Mirta Zink y Romina Rodríguez.....**392**

Cap. 22: De municipio electivo a la intervención definitiva. Mirta Zink y Romina Rodríguez.....**419**

Cap. 23: Una aproximación general a la vida política local: desde la provincialización hasta la actualidad. Martín Bergia y Florencia Prina.....**431**

Cap. 24: Los cultores del laicismo: la masonería. Ana María T. Rodríguez.....**450**

Capítulo 1

Pueblos originarios: del despojo a la reorganización

Claudia Salomón Tarquini

José Carlos Depetris

Micaela Del Río

Introducción

El área en que se asienta actualmente la ciudad de General Acha formaba parte, mucho antes de esta fundación, de un espacio más amplio en el que se relacionaban distintos grupos indígenas a lo largo del siglo XIX. El más importante de ellos era el de los salineros, de Calfucurá, pero en la zona existían también otros grupos con los que éste tuvo alianzas o enfrentamientos en distintos momentos.

En este capítulo repasamos la trayectoria de algunos de esos grupos, su incorporación a las fuerzas militares nacionales y su participación entre los primeros pobladores de General Acha. También analizaremos sus historias posteriores, con las asignaciones de tierras en zonas cercanas a esta localidad, sus migraciones hacia áreas rurales y su posterior regreso a la ciudad, así como la conformación de las actuales comunidades.

Para nuestra investigación hemos recurrido a información contenida en documentos tales como memorias de gobernación, correspondencia, informes de inspección de tierras, expedientes judiciales, registros electorales, actas de bautismo y diarios de viajeros, y hemos realizado entrevistas, observación en campo y consulta de la documentación disponible en los archivos de las comunidades indígenas actuales.

El poblamiento indígena entre las décadas de 1860-70 y la fundación de General Acha

Aunque ciertos relatos más bien tradicionales se refieren a una especie de dominio indiscutido por el líder Calfucurá (o Kallfukura según otras grafías) en la región que nos ocupa, entre las décadas de 1840 y 1870, se sabe que el Estado de la provincia de Buenos Aires y luego el nacional, trataron de desarmar el tejido de sus alianzas incorporando a distintos contingentes como “indios amigos”. No obstante, el pase a esta condición no era visto por los propios protagonistas como una situación irreversible, y varios de estos grupos oscilaron, como veremos, entre sus asentamientos en fuertes militares y su vuelta a “Tierra Adentro” mediante alianzas con líderes como Coliqueo, Catriel y Calfucurá. Serán varios de estos grupos los que aportarán algunos de los primeros pobladores para General Acha, por lo que invitamos a los lectores a seguir algunas de sus historias desde el inicio.

Manuel Pichi-huincá (o Manuel Ferreyra Pichihuincá) nació probablemente hacia 1835 (pues contaba con 60 años según el Censo Nacional de 1895). Aunque era pariente de los Catriel –era primo hermano de Juan José Catriel–, y mantuvo alianza con ellos hasta fines de la década de 1860, a partir de la década de 1870 los enfrentó militarmente en más de una oportunidad en su condición de *indio amigo*. En ese contexto, formó parte del contingente que fundó el Fuerte de Puán en 1876. En 1879 integró las tropas de las campañas militares conocidas como “Conquista al Desierto”, y en 1880 fue llevado a Buenos Aires para participar en la revolución de ese año y volvió luego a Puán como parte del escuadrón “Los Fieles del Sur” hasta 1881. Poco después, sería trasladado a la actual provincia de La Pampa para la fundación de General Acha (Mapa 1).

Mapa 1



Referencia: elaboración de la autora Claudia Salomón Tarquini

Ramón Tripailao (también Tripailá) nació aproximadamente hacia 1825 y llegó junto a su grupo desde Chile, asentándose junto a grupos de Coliqueo y Raninqueo. Hacia 1863 se instaló en la frontera de Buenos Aires pero recuperó su autonomía pocos años después y convivió con los grupos de Namuncurá, hasta que se entregó con los suyos a las fuerzas nacionales en julio de 1877. En abril de 1879, el grupo de Ramón estaba asentado en Carhué. Los salesianos registraron el bautismo de 18 párvulos de su grupo y bendijeron el matrimonio de uno de sus hijos –también llamado Ramón Tripailao– con una cautiva cristiana que optó por quedarse entre los indígenas.

Manuel Grande nació probablemente hacia 1810, pues en 1881 tendría alrededor de 70 años según un cronista y contaba con 85 años según el Censo Nacional de 1895. Fue un cacique que mantuvo alianzas con Calfucurá (década de 1850), con Juan Catriel (al entrar en buenas relaciones con el gobierno de Buenos Aires en la década de 1860) y con Cachul (después de la muerte de Juan Catriel, al romper temporariamente relaciones con Buenos Aires). Tras ser puesto en

libertad, en septiembre de 1873 se refugió brevemente en las tierras de Coliqueo, mientras las autoridades bonaerenses temían una alianza con Namuncurá. Procuraron neutralizarlo en los propios toldos de Coliqueo y lo llevaron junto a unas 250 personas hasta las inmediaciones del Fuerte General Paz (Partido de Carlos Casares, Buenos Aires). Posteriormente se sumó a sus filas Tripailao. Las condiciones de vida en el fuerte no parecen haber sido las mejores, dados los escasos racionamientos que recibían. En agosto de 1876 Manuel Grande reclamaba, para poder aliviar mínimamente la situación de los suyos, la intermediación del arzobispo Federico Aneiros con el gobernador de la provincia. Manuel Díaz, su hijo mayor, subrayaba también en una carta emitida en el mismo mes, la situación desesperante de las familias al señalar que:

nos hallamos diezmados por la viruela por un lado, y atacados por el hambre por otro, pues las familias de nuestras tribus no bajan de trescientas, fuera de los hombres, y no se nos da sino una res flaca por día. (Carta de Manuel Díaz al Arzobispo Federico Aneiros, fechada el 24 de agosto de 1876 en el Fuerte General Paz, publicada en Copello, Santiago Luis. *Gestiones del Arzobispo Aneiros a favor de los indios hasta la conquista del desierto*. Buenos Aires: Editorial Difusión, 1944, p. 150)

Tras un breve período en que el grupo de Manuel Grande rompió relaciones con Buenos Aires, en noviembre de 1877 se entregaron en Carhué junto con la gente de Tripailao. Participó en las campañas militares de 1879 en la división de Nicolás Levalle para marchar al Río Negro y poco después volvió a Carhué hasta 1881.

Como se ha observado a partir de las referencias previas, los racionamientos a los grupos así confinados para servir como parte de las tropas eran mínimos. En este contexto, los distintos líderes procuraban mejorar al máximo sus relaciones con los sacerdotes, que oficiaban como intermediarios para la mitigación de las condiciones de reclusión o realizaban gestiones para la liberación de prisioneros. Si la cálida recepción de Tripailao y Manuel Grande al sacerdote Costamagna en Carhué en abril de 1879 tenía algún sentido se probaría cuando un año después los sacerdotes pidieran a las autoridades por la libertad de Manuel Díaz, que había sido apresado y llevado a los cuarteles de Retiro. Las expectativas que los indígenas tenían acerca de las posibilidades de los sacerdotes provenían de la experiencia concreta, pues sabían que en 1873 monseñor Federico Aneiros había realizado gestiones ante las autoridades nacionales para la liberación del mismo Manuel Grande cuando estuvo prisionero en la isla Martín García.

De esta forma, hacia principios de la década de 1880 se constituyó el Escuadrón Alsina, que al incluir miembros de los distintos grupos quedó conformado de la siguiente manera:

Coronel: Manuel Grande

Comandante: Ramon Tripailá

Mayor: Manuel Ferreyra Pichihuinka

Capitanes: Guenchul (o Santos Fernandez), Unaiche, Canchu

Tenientes Primeros: José Marmol, Calderon, Maldonado

Tenientes Segundos: Nahuel Pedernera, Ramon Tripaila (H)

Alferez: Ramon Pardiño (Lenguaraz), Filiberto Canales

Sargentos: Juan Marín, Pedernera Canales, José Flores, Manuel Díaz

Cabo: José Solano

(Depetris y Cazenave, 1998:69)

Como se sabe, las campañas militares conocidas como “Conquista del Desierto” tuvieron lugar en esta región entre 1878 y 1879 y prosiguieron hacia el sur del Río Negro entre 1881 y 1885. Es innegable que la imposición fue a sangre y fuego y todavía resta hacer estudios que determinen con precisión el número de víctimas, no solo en las pampas transformadas en campo de combate, sino en los campos de concentración (como Puán, Martín García, Valchetta, entre otros). Víctimas del frío, del hambre, de las enfermedades y de las largas caminatas a pie a las que fueron sometidos los sobrevivientes antes de ser distribuidos a los destinos más distantes dentro del territorio argentino.

Por ello, el período que va desde mediados de la década de 1880 hasta 1900, ha sido denominado como el de los “largos peregrinajes”, según la expresión del historiador Walter Delrio (2005). Se trató, según los casos, de adaptarse a las nuevas condiciones de los traslados forzados y la reclusión en los campos de concentración o prisión, de resistirse a los desmembramientos familiares y a la desvinculación de sus líderes de los demás miembros de cada grupo. Muchos procuraron encontrar a los miembros dispersos y reagruparse en nuevos espacios, en un contexto más adverso que el que había caracterizado a los años inmediatamente previos.

En el caso de los grupos que hemos mencionado, los del Escuadrón Alsina fueron trasladados en 1882 para la fundación de General Acha, la primera ciudad del –a partir de 1884– Territorio Nacional de La Pampa. También en 1882 se fundó el poblado de Victorica, en el noroeste del Territorio, donde fueron trasladados –como parte de las tropas, y sin tener otras opciones– los contingentes de Ramón Cabral, uno de los líderes ranqueles cuyo grupo perdió su autonomía en sucesivas presentaciones ante la comandancia de la frontera sur de Córdoba a lo largo de la década de 1870. Además había formado parte de las tropas expedicionarias provenientes del norte en las campañas de 1878-1879. Una parte de este grupo, que integraban el propio Ramón Cabral y su hermano Linconao, fue a su vez llevada en 1886 a General Acha, donde aquel falleció en 1890.

A principios de la década de 1890, viajeros –como Juan Ambrosetti que visitó General Acha en 1893–, no sólo dieron cuenta de la diversidad de su población, sino que destacaron el relativo buen pasar de Pichi-uincá, Tripailao y Linconao Cabral, que tenían, por entonces, cierta cantidad de hacienda, como indica el siguiente relato, cuya exhaustiva descripción justifica la extensión de la cita:

Visitadas las chacras, resolví visitar á los indios, para lo cual acepté la cortés invitación del Sr. Secretario de la Gobernación D. Eduardo Chapeaurouge. Juntos fuimos á ver al Sargento Mayor Pichi-Uincá, uno de los indios más bravos y más fieles al Gobierno, que acompañó siempre con su escuadrón de indios amigos á las tropas de la Nación, agregado á la división del Coronel Salvador Maldonado. Pichi-Uincá (cristiano chico) es de las tribus que vivían reducidas en el Azul, pero muy joven entró al servicio del ejército; tiene una brillante foja de servicios, habla el español con bastante facilidad y hoy se halla revistando en el cuerpo de inválidos, porque los años y los achaques consiguientes á la vida azarosa que ha llevado, no le permiten ya el servicio activo. Últimamente se casó con una india joven, viviendo ahora dedicado al

hogar, cuidando sus intereses, pues posee algunos animales. En General Acha viven otros dos indios que tienen alta graduación militar por haber servido ambos en la filas del ejército; estos son el Comandante Tripailau, también de las tribus del Azul, que sirvió bajo las órdenes del hoy Teniente General D. Nicolás Levalle, quien creo tiene un alto aprecio por él. Tripailau es un hombre entrado en edad, de pera blanca, pero que aún no ha aprendido a hablar en español, así que siempre se hace acompañar por un intérprete. Recuerda á todos los gefes que han servido junto con él y tenía exclamaciones de entusiasmo para algunos de ellos. (...) Tripailau se halla también atendiendo algunos intereses rurales que posee, y creo que ahora no revista en ninguna de las planas del ejército. El otro gefe que vive en Acha es el Sargento Mayor Linconao Cabral, que perteneció a las tribus ranquelinas y sirvió bajo las órdenes del General D. Eduardo Racedo, cuando la expedición al Desierto. Lincolao [sic] Cabral es hermano del cacique Ramón, que durante muchos años fue gefe de las indiadas del Rincón y á quien el Sr. General Mansilla salvó de la viruela cuando era gefe de la frontera de Río IV. (Ambrosetti, 1893: 29-30).

Sin embargo, la cantidad de hacienda disponible y el hecho de que algunos de ellos conservaran, aún a principios de la década de 1890, sus grados militares, no garantizaba, al menos así lo veían los indígenas, la estabilidad del grupo, ni la posibilidad de evitar la desintegración de las familias. Estaban presentes aún en su memoria los repartimientos de niños para ser colocados en familias criollas, práctica que se extendió sistemáticamente en el marco de las políticas de desarticulación de los diferentes grupos. Quizás fue por eso que en 1891, llamó la atención a uno de los sacerdotes el temor que causaba a los indígenas la concentración de muchas familias. A su llegada a General Acha, los franciscanos le pidieron a Linconao Cabral que reuniera a la gente para bautizarla:

(...) éste pronto se puso a la obra, pero al proponérselo a sus hermanos, se encontró con alguna dificultad, que aquéllos temían que al bautizar a sus hijitos, los padrinos se los arrebataran, como les sucedió estando en Sarmiento, muchos años ha, habiendo bautizado a muchos indiecitos, los padrinos se apoderaron de ellos, arrancándolos de los brazos de sus padres, lo que fue una verdadera barbarie. [Pocos días más tarde], (...) vimos venir al Mayor Linconao a la cabeza de la indiada, en número como de 150. Fue sumamente conmovedor ver a tantos pobres indios, los mismos que años no muy lejanos habían sido el terror de todos, ahora se presentaban humildes y sumisos, previa recomendación que no le quitaran los hijitos que tan entrañablemente querían (...) (Crónica de la misión de los padres Herrera y Quaranta, General Acha, junio de 1891, En Depetris, 1998: 38)

La cantidad exacta de población indígena en los primeros años del Territorio (1882-1900) es difícil de calcular, e incluso en las cifras que arrojan las distintas memorias anuales de las gobernaciones no siempre está claro si se contabilizan sólo los residentes en General Acha o los de todo el Territorio. En 1888, el gobernador Juan Ayala los estimaba en 800, pero ese número pudo aumentar con posterioridad si se considera la movilidad producida por las bajas en el ejército y la subsiguiente colocación del personal licenciado como empleado en estancias. Esta dispersión se evidencia también en los informes de los sacerdotes. Hacia 1891, el franciscano Ludovico Quaranta informaba a sus superiores que el número de indígenas en el Territorio de La Pampa podía estimarse en más de mil personas, ubicadas en buena parte en la zona de General Acha. Pocos

años después, en 1896, el salesiano Pedro Orsi contabilizaba alrededor de 2000 habitantes indígenas en todo el Territorio y poco menos de 500 varones adultos en capacidad de portar armas. Orsi también resaltaba la presencia de Linconao Cabral, Tripailao y Pichihiuincá en General Acha:

Después de habernos desayunado en el hotel, fuimos a reconocer la primer capital del territorio. Hallamos los indios del comandante Linconao, quien fue habilitado por el gobierno argentino; los del comandante Tripailao (no habla una sola palabra en castellano), quien se había entregado al gobierno con toda su gente, y los de Pichi Huinca, dirigidos por Manuel Ferreira, mayor fiel. Todos reunidos estos indios, no llegarían ciertamente a medio millar capaces de armas tomar. Incluso las quintas, la población llegaría a dos mil habitantes, contando los de las tolderías, que son bastantes (Informe del padre Orsi, citado en Massa, 1967: 403)

De acuerdo con una investigación reciente en la que se contabilizó la cantidad de población indígena en 1895 en el Territorio, a partir del cruce de las cédulas del Censo de ese año con otras fuentes nominativas como partidas de bautismo, matrimonio y defunción, la cifra es cercana a la que propone la cita de Orsi.

A su vez, esta dispersión tenía relación con una forma de movilidad espacial que tuvo lugar en reiteradas ocasiones durante toda la primera mitad del siglo XX, pero que comenzó a fines de la década de 1880. Una vez que finalizaban su servicio en las fuerzas militares, el empleo estacional era prácticamente el único recurso para asegurar la subsistencia. En 1891, los franciscanos Leonardo Herrera y Ludovico Quaranta lo describían de esta forma:

al día siguiente de nuestra llegada, fuimos a los toldos de los indios, una pobre ranchería en las afueras, y ¡qué casualidad! los encontramos a todos reunidos en la toldería, porque solamente en la estación del invierno se hallan en sus toldos, esparciéndose por la campaña en las otras estaciones para ganarse el sostenimiento de la vida. (Crónica de la misión de los padres Herrera y Quaranta en General Acha, junio de 1891. Citado en Depetris, & Cazenave, 1998:38)

En este contexto, la población de General Acha censada en el radio urbano era de unas 169 personas, de un total de 600 en el Departamento VIII, es decir, la jurisdicción que incluía la zona rural. Se encuentran allí familias de los distintos grupos nombrados hasta ahora. Las actas de los cuadernos parroquiales sirven de poco para saber con qué grupo étnico se identificaban, si es que lo hacían con alguno: en el corto lapso de 1882-1884, por ejemplo, los sacerdotes los registran como “indio/a argentino/a”, “indio/a”, “natural del país”, “pampa”, o simplemente “argentino/a”.

Fue en este período en que esta “Babel en la Pampa”, que era General Acha, fue el espacio en que se tejieron las principales redes de relaciones que ahora ligaban parcialmente a descendientes de grupos de ranqueles y salineros.

Así, una de las hijas de Ramón Tripailao, Micaela, se casó en 1881 con Juan Marín, nacido en Salinas Grandes y uno de los principales capitanejos de Manuel Grande. Otra de ellas –Felisa– se casó con Agustín Pedernera, integrante del Escuadrón Alsina, mientras que su hijo Ramón, se casó con Juana Pedernera. Una cuarta hija, Rosario, se casó en 1881 con Juan Gusman, nacido

en Salinas Grandes. A su vez, otro miembro de la familia Tripailao, Manuela, se casó con Cecilio Unaiché, uno de los hijos de Gerónimo Unaiché. Este había sido capitanejo de Namuncurá y luego de 1879 había colaborado en el ejército como baqueano. Otro de los hijos de Gerónimo, Mariano, se había casado con Andrea Pedernera.

Este panorama de convivencia de grupos que habían ido vinculándose progresivamente y que en otros casos apenas se conocían, como los ranqueles con los grupos de Manuel Grande y Ramón Tripailao, se modificaría poco después, a medida que fueran obteniendo algunas parcelas en zonas rurales, según venían reclamando insistentemente desde mediados de la década de 1880.

Desde la diáspora de inicios del siglo XX hasta principios del siglo XXI

Los primeros en obtener tierras fueron, por un lado, Manuel Ferreyra Pichihiuincá, a quien se le concedieron, en 1896, 7.500 hectáreas en propiedad en la sección XIV, fracción A, mitad oeste del lote 23 y el cuarto noroeste del lote 3, fracción D (al noroeste del actual Departamento Utracán). Por otro lado, Ramón Tripailao, recibió en propiedad las 7.500 hectáreas contiguas, ubicadas en la sección XIV, fracción D, lote 3 (mitad sur y ángulo NE), en inmediaciones de la actual población de Chacharramendi.

Sabemos que algunos miembros del que había sido originalmente el grupo de Manuel Grande, como su hijo Francisco Díaz, solicitó también tierras en 1896, junto con sus “capitanes” Pelegrino Díaz, Manuel Díaz, Manuel Chico, Manuel Godoy, en un total de 400 personas. La respuesta de las autoridades del Territorio fue un no categórico: no podían concebir la posibilidad de otorgar tierras a todo un grupo, sino sólo a familias aisladas. Años antes, en un pedido que había realizado Lucho Baigorrita, un líder ranquel que finalmente obtuvo las tierras, se habían mencionando las concesiones hechas a otros como Namuncurá, Pichi-Huinca y Tripailao. Ahora, argumentaban las autoridades locales, a raíz de esta entrega:

(...) [habían venido] de la provincia de Buenos Aires unos ochenta indios que introdujeron 200 ovejas, y estableciéndose en un campo de la señora de Elortondo, distante del que se les había concedido, tienen en alarma constante á los pobladores pacíficos, que se ven obligados á retirarse con sus intereses para salvarlos de las correrías y depredaciones de aquellos. Estos hechos que vienen a confirmar las previsiones de esta Gobernación, la determinan á insistir en [que] en nombre de los intereses de los pobladores de este Territorio, se evite toda concesión á los indios en carecer de tribu, pudiendo en cambio el Superior Gobierno acordar toda su protección a los caciques, como individuos y sus familias, lo que se hizo en las concesiones á Pichi Huinca y Tripailao, caciques que no han ocasionado el menor transtorno en las regiones donde se hallan las tierras que se les concedieron. (Expediente N° 1150-D, Departamento de Tierras, Colonias y Agricultura, “Díaz Francisco s/tercera para su tribu”, fs.4-5, Fondo Tierras, AHP).

Con estos antecedentes, la resolución que denegaba el pedido de tierras en el mismo expediente, no ocupó más de ocho escuetas líneas. Pero algunos de los familiares del grupo de Manuel Grande obtuvieron tierras en la colonia pastoril Los Puelches, fundada en 1900, en los lotes 20 y 21 de la fracción A, y lote 1 de la fracción D, todos de la Sección XV. Entre las 470 personas

que esperaban la concesión de tierras se encontraban Manuel Chico, “Peregrino Grande Díaz”, “Manuel Grande Díaz” y “Francisco Grande Díaz”. A Manuel Grande se le adjudicó la parcela 42 de esa colonia (lote 1, fracción, sección XV) aunque en 1900 estará radicado en la parcela 17 (lote 21, fracción A, sección XV). Su rastro se pierde hasta saber que falleció pocos años antes de 1911.

Los ranqueles, por su parte, obtuvieron tierras en Emilio Mitre, al noroeste del Territorio y pocos se encuentran en la ciudad de General Acha hacia 1920. Un caso excepcional fue el de Amonao Rosas, quien para esa fecha tenía una chacra de 100 hectáreas, con un encargado, dedicado a la crianza de cabras. Amonao era hijo de Mariano Rosas, uno de los caciques ranqueles más conocidos del siglo XIX.

De la población indígena en General Acha poco más puede saberse, pues los informes de inspección disponibles sólo consignan los nombres de los propietarios de las mejoras, según la documentación existente para cada época, y casi nunca los nombres de los inquilinos o encargados ocupantes de las parcelas. No obstante, se desprende de ellos que desde 1882 el ejido urbano fue loteado en 256 manzanas y en 100 chacras adyacentes, de un promedio de 100 hectáreas cada una, que formaron parte del espacio intermedio entre los campos abiertos, de extensiones variables. A quienes habían formado parte del grupo fundador de la localidad, incluidos algunos indígenas, se les otorgaron solares en el área urbana y chacras, y hacia 1920 es posible ver a algunos de ellos en las inmediaciones de la localidad, según destacan los informes de los inspectores de tierras:

Muchos indígenas ranquelinos, a modo de reliquia, se [encuentran] a la orilla del pueblo, viviendo como primitivamente en ranchos con latas viejas y manteniendo su subsistencia, con los escasos recursos que consiguen obtener con su jornal el marido e hijo mayor, que solo trabaja en la temporada de la esquila. A esta gente que ocupa algunos solares sub-urbanos de la parte oeste del pueblo, debiera otorgarse la tierra a título gratuito (Informe de Inspección de Tierras de 1920, Sección General Acha, fs. 7, Fondo Tierras, Archivo Histórico Provincial).

Aunque el inspector señalaba solo a “indígenas ranquelinos”, lo cierto es que ignoraba la procedencia de las familias que visitaba y es posible que se guiara por las referencias de otros pobladores. Entre los datos relevados se encontraban familias de las más variadas procedencias, como hemos visto en los párrafos precedentes.

Los primeros años del siglo XX verán entonces a las familias indígenas dispersarse en diferentes destinos rurales en la región, tal como indican los datos de cambios de domicilio de personas con ascendencia indígena. Así, entre las décadas de 1910 y 1940, se asentarán en los departamentos Curacó, Limay Mahuida y Lihuel Calel, y dentro del departamento Utracán, en parajes de la zona de Chacharramendi e inmediaciones de General Acha. Hacia la década de 1950, las condiciones de vida se harán más difíciles debido a tres factores: en primer lugar, por la desertización general de las regiones afectadas por la disminución del caudal del río Chadileuvú-Curacó (debido a la construcción de los Nihuales, en Mendoza, sobre el río Atuel, principal afluente de

agua dulce de aquel); en segundo lugar, por el aumento del control estatal sobre espacios antes considerados marginales y en los que muchos se habían asentado con permisos precarios. En tercer lugar, porque las parcelas asignadas o conseguidas se convertían en insuficientes con el paso de las generaciones. A medida que las familias se ampliaban y los recursos obtenidos no bastaban para todos, algunos miembros del grupo familiar debían emigrar ya no de manera temporaria sino definitiva. Así, varias familias volverán a General Acha entre fines de la década de 1940 y mediados de la de 1950: los Antiman volverán de Lihuel Calel, los Cayuqueo de Chacharramendi, los Levilao, Wenteno y Unaiché de Limay Mahuida. Sus descendientes permanecerán en su mayoría en esta ciudad, aunque algunos migrarán hacia otras ciudades, como Santa Rosa.

El examen de esta circulación de familias entre el campo y la ciudad muestra que la presencia de pobladores indígenas (sea que se identificaran o no como tales) ha sido constante en la zona, y constituyen la base de las comunidades surgidas más recientemente, como veremos en el quinto apartado.

Las narrativas sobre indígenas en la región

A lo largo del siglo XX, fueron configurándose en La Pampa distintas tramas simbólicas para significar el espacio y la cultura regionales. Ello a partir de relatos que circularon ampliamente, en los que se asignaban lugares a los “otros” internos, como los indígenas, cuya existencia legítima la mayoría de los autores remontaron al pasado. No obstante, éstos vivían entre los habitantes de esta ciudad y varias más. Los diferentes discursos los ubicaron en un pasado previo a las fundaciones, como sombras o fantasmas, o en todo caso, grupos humanos que parecían destinados a extinguirse. General Acha no fue la excepción, y los distintos momentos de conmemoración sirvieron para esta tarea.

Una de esas primeras ocasiones fue el libro *El crisol de la conquista*, publicado en 1932, fecha del cincuentenario de la fundación de la localidad. Sus autores –Nevares, Elizondo, Piscitelli y Puentes– lo estructuraron como un ensayo en siete capítulos que se dedican a los indígenas, la “Conquista del Desierto”, a Manuel J. Campos, la colonización, y el radio urbano, entre otros aspectos. Señalan allí que: “Los orígenes de General Acha, están íntimamente vinculados a la desaparición de las naciones indias que pululaban por el inmenso escenario de sus hazañas: el desierto” (Nevares, Elizondo, Piscitelli y Puentes, 1932:1). Aunque justifiquen las campañas militares como una empresa necesaria, y describan con lujo de detalles las acciones y los nombres de los militares involucrados en ellas, deslizan alguna velada crítica a su metodología: “Lástima que la guerra sin cuartel contra el indio fuese la ley imperante hasta su total destrucción; de haberse ensayado otros medios pacíficos, menos crueles; la conquista del desierto habría sido el más digno corolario de las campañas militares”. No obstante, el tono general del texto, que presenta matices, de acuerdo a las plumas de los diferentes autores que participaron en su elaboración, destaca la importancia de la “Conquista” y resta protagonismo a los indígenas. El lector interesado podrá consultar la obra de Leda García, investigadora de los discursos literarios regionales,

que realizó un análisis exhaustivo de esta publicación en su tesis *“Devenires de la pluma en el Desierto. Representaciones sobre el Desierto en la literatura pampeana (1951-2007)”*.

Años más tarde, en 1945, con motivo del aniversario N°60 de la casa comercial Ruiz Pérez, se editó un libro cuyo texto se inicia con la expresión “Sobre las huellas del salvaje”, y abunda en elogios a las fuerzas militares que batallaron contra “la indiada” o “los salvajes”, como se los llama reiteradamente. En una línea similar encontramos el “Romance de la Fundación de General Acha”, de Domingo Argañaraz, que ganó el segundo premio en el concurso organizado por la Dirección de Cultura en 1959. De tono épico y triunfalista, resalta como heroicas las acciones de Julio A. Roca y las tropas expedicionarias contra las “bravías hordas de Namuncurá”. En 1982, en ocasión de conmemorarse el 100° aniversario de la fundación de General Acha, también se editó una obra que compartía esta mirada. Las primeras páginas se dedican a “Nuestro pasado aborigen”, en las que se describe una serie de prácticas como la cacería, el manejo del caballo y los malones; mientras que el apartado siguiente aborda –sin mencionar siquiera las campañas militares contra los indígenas– la fundación de Acha. La revista continúa con los principales actores de las actividades religiosas, educativas, económicas, deportivas y culturales, entre otras, sin más referencias a aquellos que su ubicación en un pasado pre-fundacional.

Estas visiones comenzaron a cambiar a fines de la década de 1980, en un contexto favorable a los reclamos indígenas. Las primeras comunidades provinciales que se organizaron datan de esa época, especialmente a partir de la vuelta de los restos de Mariano Rosas a Leuvucó, en el año 2001.

Las comunidades indígenas actuales en General Acha

Familias y comunidades

En las siguientes líneas y a fin de dar cuenta de la diversidad de población indígena presente en distintos momentos en esta localidad, efectuaremos un breve repaso por la trayectoria de algunas de las familias vinculadas a las actuales comunidades. Cabe aclarar que ello no agota la totalidad de la población indígena (cuyo estudio implicaría un trabajo de dimensiones que no podemos desarrollar aquí por razones de espacio), sino que se pretende dar cuenta de los cambios y continuidades en el proceso de surgimiento de estas comunidades.

Una de esas familias es la de los Rosas, a la cual pertenece “Pepa” Trinidad Rosas, tataranieta de Amonao Rosas –a quien nos hemos referido previamente– y Werken, es decir, una de las autoridades de la comunidad Panghitruz Gner. El lonko de esta comunidad es **Miguel Patiño**, cuyos abuelos maternos eran Domingo Márquez (nacido en el paraje La Blanca) y Justina Llanos de Márquez (gallega). La generación de hijos y sobrinos de Miguel Patiño son también nacidos y criados en esa localidad, todos con inserción en distintos niveles educativos, incluido el universitario.

Otra familia es la de **Guillermo Gómez**, lonko de la comunidad Ñankufil Calderón. El bisabuelo materno de Guillermo Gómez era Ñankufil Calderón Tripailao (hijo de Manuel Namuncurá y sobrino de Ceferino Namuncurá) que se casó con Lorenza Tripailao con quien tuvo cuatro hijos:

Francisco Calderón, casado con Eulogia Unaiché, padres de una única hija: Carolina Calderón Unaiché, la madre de Guillerma; Dionisia, casada con Castro; Donata, casada con Morales; y Rufina, casada con González. Ñankufil Calderón residió en General Acha y en 1900 le otorgaron tierras a él y a miembros de su grupo en la fundación de la colonia Los Puelches, donde murió en 1911. Años más tarde, frente a la escasez de agua, su hijo Francisco Calderón siguió viaje por el paraje “La Florida”, y de ahí continuó, ya entrada la década de 1940, hasta Ingeniero Huerco (Provincia de Río Negro) donde se instaló en una manzana con toda su familia del segundo matrimonio (con Luisa Díaz) con quien tuvo seis hijos más: Solferino, Matilde, Odulia, Lucía, Lorenza y Cándido. Francisco murió en esa localidad.

En tanto, la hija de Francisco, Carolina Calderón Unaiché, se casó con Jesús Gómez Agüero que era hijo de Pascual Gómez y hermano de Petrona Gómez, una conocida curandera en la zona de Puelches. Carolina y José tuvieron trece hijos: Paula, Guillerma –nuestra entrevistada–, Bonifacio e Itati (nacidos en Odre); Blanca, Jovita, Isabel y Aniceto (nacidos en el Lote 12, Campo “Los Ángeles”); y Fortunato, Eugenia, Luis, Bartolomé y Desiderio (nacidos en General Acha). Guillerma fue en un primer momento a la escuela hogar de General Acha en 1944, y recién en 1955 se mudaron definitivamente a esta ciudad.

De los pobladores a la comunidad

Como señalamos, en General Acha existen dos comunidades indígenas: la Panghitruz Gner y la Ñankufil Calderón. Ambas se encuentran en actividad desde hace unos años (si bien la segunda es más reciente) y con su personería jurídica en trámite. Pero con una diferencia fundamental, en tanto la primera se reconoce como comunidad Ranquel, los integrantes de la segunda –que forma parte del consejo de Lonkos de La Pampa–, no se consideran específicamente Ranqueles sino como “pueblos originarios”.

En cuanto a la comunidad **Panghitruz Gner** (Imagen 1), su Lonko Miguel Patiño recuerda que su inicio fue a partir del entierro de los restos de Mariano Rosas en Leuvucó, acto al que asistió un gran número de indígenas. De hecho el nombre de la comunidad es el nombre de Mariano Rosas en su lengua original. Luego de ese episodio es que plantearon la idea de reunirse como comunidad. Clarita Rosas comenzó con la conducción del grupo en el año 2001, reemplazada un año y medio después por Miguel Patiño, el actual lonko.

En estos doce años la comunidad ha participado en diversas actividades junto al resto de las comunidades pampeanas ranqueles. Estuvieron en la restitución de hectáreas de campo a los Ranqueles de las comunidades “Wekin Ren” y “Baigorrita” en San Luis. Asistieron a desfiles y diversas actividades (como “América corre por el agua”), y participan periódicamente de los Parlamientos y encuentros de Pueblos Originarios (como fue el de Santa Fe en 2013 y el de Resistencia, Chaco, en 2014). Los destacan como grandes eventos que permiten reunir a diversos grupos indígenas en un mismo lugar. Como proyectos futuros tienen: en primer lugar el reconocimiento del cementerio indígena que ellos consideran se encuentra en General Acha; en segundo lugar,

obtener viviendas para los miembros de la comunidad y algunas hectáreas para trabajar la tierra. También han elevado un proyecto para trabajar los cueros del frigorífico. Pero, aclaran, primero se necesita la personería jurídica, que ya se encuentra en trámite.

Imagen 1



Referencia: Integrantes de la comunidad Panghitruz Gner, ca.2007: de poncho negro, Miguel Patiño, lonko de la comunidad. Sentado, de poncho marrón, Amonao Rosas, homónimo de quien viviera a inicios de siglo XX. Sentada, de poncho blanco, Trinidad ‘Pepa’ Rosas, werken de la comunidad.

La segunda comunidad es la Ñankufil Calderón, cuyos miembros se reconocen como “Pueblos Originarios” (“ni mapuches ni ranqueles”, según sus propias palabras). Esta se organizó formalmente en octubre del 2010. Al igual que la Panghitruz Gner, sus miembros presentaron la documentación pertinente y tienen la personería jurídica en trámite. La falta de este documento implica una limitación para poder funcionar como comunidad legalmente constituida. La historia de la comunidad comenzó a mediados de la década del 2000, cuando Guillerma Gómez se acercó en un primer momento como oyente a la comunidad de Miguel Patiño, y poco después reunió en su comunidad a familias de ascendencia indígena. Actualmente se encuentran gestionando tierras para la producción de hierbas medicinales y aromáticas, proyecto que tiene ya un cierto avance ante las autoridades locales y provinciales.

Reflexiones finales

El recorrido que hemos presentado en las páginas precedentes, indica que General Acha se constituyó, desde los inicios, en un espacio donde confluyeron y se relacionaron distintos grupos indígenas entre 1882 y fines de la década de 1890, en que las asignaciones de tierras en distintos departamentos cercanos dieron inicio a un proceso de radicación en áreas rurales. Pero General Acha volvería a ser protagonista del reagrupamiento, cuando años después, los descendientes de aquellos que no tuvieron más opción que migrar a la ciudad, comenzaron a organizarse como comunidades. Hemos repasado los orígenes de este proceso, las dificultades que han encontrado y los proyectos que están abordando y esperan concretar. La visibilización de los pueblos originarios ha comenzado de manera relativamente reciente y revela que la ciudad es un espacio que en la actualidad presenta una población con orígenes étnicos diversos, pero que así ha sido desde el mismo día de su fundación. Solo cabe anhelar que esa diversidad y complejidad, que es constitutiva de General Acha, continúe siendo visibilizada, comprendida y reconocida por todos sus habitantes, objetivo al que esperamos pueda contribuir este modesto capítulo.